

Luis Álvarez  
Álvarez

*Uno y el universo*

H

ace sesenta y cinco años, apareció el primer libro de ensayos de Ernesto Sábato: *Uno y el universo*, que constituye la obra de iniciación literaria del gran escritor argentino. Se trata de uno de los textos más apasionantes de la producción intelectual latinoamericana del pasado siglo.

Sin la menor duda, el autor de *Sobre héroes y tumbas* recorrió una trayectoria en extremo singular, que lo diferencia de buena parte de los grandes narradores del continente. En efecto, su formación inicial fue ante todo científica, y está jalonada por marcas muy especiales. Licenciado en Física y Matemáticas, terminó sus estudios de doctorado en el campo de estas ciencias en 1938. Casi de inmediato obtuvo una beca para estudiar en París, nada menos que en los laboratorios de Irène y Frédéric Joliot-Curie, quienes habían obtenido el Premio Nobel de Química en 1935. En la capital francesa, su insaciable sed de conocimiento lo acercó al surrealismo —Sábato ha narrado en una entrevista que de día trabajaba en el laboratorio estudiando las radiaciones atómicas, y de noche se vinculaba con los artistas de este movimiento— y a las propuestas de la psiquiatría de Freud: de ese modo, su rigurosa formación científica se vio confrontada con las profundas transformaciones del arte de las vanguardias. De París viajó a los Estados Unidos, para continuar sus estudios de Física en el *Massachusetts Institute of Technology* (Instituto Tecnológico de Massachusetts), institución de prestigio mundial por sus métodos avanzados de formación profesional y por su

equipamiento tecnológico. Luego, en 1940, pasa a ser profesor de la Universidad Nacional de Buenos Aires. A partir de ese momento se aproxima cada vez más al mundo de la escritura, y comienza a colaborar en la emblemática revista *Sur*. La dicotomía entre formación científica y vocación artística se va haciendo más y más aguda, a partir, sobre todo, de su percepción de la ajenidad entre la ciencia, de una parte, y la eticidad y el sufrimiento humano, por otra. Una crisis de conciencia, en 1943, lo decide a abandonar la ciencia para dedicarse por completo a la indagación del hombre por la vía del arte. Y en 1945, después de haber escrito una serie de artículos diversos, publica *Uno y el universo*. Es preciso señalar que Sábato se negó durante veintitrés años a que volviera a publicarse este libro, a pesar de la insistencia de editores y amigos. Al fin, en 1968, accedió a una segunda edición, en cuyo prólogo advertía:

«Estoy tan lejos de la mayor parte de las ideas expuestas en él que siento, al reexaminarlas, la misma tierna ironía con que miramos las viejas fotos familiares: sí, claro, ahí está uno, ciertos gestos lo delatan, quizá una misma inclinación de la cabeza o una forma de colocar las manos».<sup>1</sup>

Se decidió a una segunda edición al pensar que negarse a ella podía parecer como una cobardía intelectual.<sup>2</sup> En realidad, en ese prólogo el autor rechaza de ese primer libro tan solo cuestiones de tono y actitud, y pide disculpas al lector por «[...] las arbitrariedades y violencias que encuentre, las más de las veces motivadas por la pasión que siempre he puesto en mis ideas».<sup>3</sup> He aquí, para una lectura contemporánea, uno de los atractivos mayores del libro, en el cual está, en pleno hervor de pasión y de primera madurez, toda la estatura del autor de *Sobre héroes y tumbas*, esa extraordinaria novela donde es posible encontrar fuertes ecos de *Uno y el universo*.

Marcado con fuerza por su rechazo a una ciencia que, en la primera mitad del siglo xx, había adquirido ribetes de fetiche amoral; entusiasmado por las experiencias de un surrealismo que, sin embargo, cuando el científico argentino toma contacto con él, está ya periclitando; ligado a una juvenil e insegura fas-

<sup>1</sup> Ernesto Sábato: «Prólogo para la edición de 1968», en: *Obras. Ensayos*, Ed. Losada, S.A., Buenos Aires, 1970, t. 2, p. 11.

<sup>2</sup> Ídem.

<sup>3</sup> Ídem.

cinación por la izquierda, *Uno y el universo* se mueve, como su título pronostica, entre el microcosmos del autor y la infinitud de la Naturaleza y el saber humano. Contra lo que ha venido consignando la crítica más común, no es un libro de exclusivo tema científico o político. Antes bien, entraña un afán de totalidad reflexiva que, en voluntaria paradoja, se construye en forma de textos autónomos en apariencia, pero ligados entre sí por una angustia total en cuanto al destino del hombre y a la creciente carencia de eticidad en la sociedad contemporánea. Así, transita de reflexiones puramente científicas, a un penetrante juicio sobre Jorge Luis Borges; de una indagación de la moral en la contemporaneidad, a una meditación acerca del surrealismo. Su valoración sobre el autor de «El Aleph» revela, para una lectura del año 2010, una penetración que, contra lo que advierte el prólogo, muestra *Uno y el universo* como nuestro cabal contemporáneo:

«Cuando se hace una excavación en la obra de Jorge Luis Borges, aparecen fósiles dispares: manuscritos de heresiarcas, naipes de trupo, Quevedo y Stevenson, letras de tango, demostraciones matemáticas, Lewis Carroll, aporías eleáticas, Franz Kafka, laberintos cretenses, arrabales porteños, Stuart Mill, de Quincey y guapos de chambergo requintado. La mezcla es aparente: son siempre las mismas ocupaciones metafísicas, con diferente ropaje: un partido de truco puede ser la inmortalidad, una biblioteca puede ser el eterno retorno, un compadrito de Fray Bentos justifica a Hume. A Borges le gusta confundir al lector: uno cree estar leyendo un relato policial y de pronto se encuentra con Dios o con el falso Basílides».<sup>4</sup>

En nuestro presente en curso, ese juicio sobre Borges tiene dos proyecciones deslumbrantes. Ante todo, Sábato parece tocar, en intuición de entraña, una cuestión que solo habría de cobrar corporeidad teórica cabal a partir de la década de los sesenta de la pasada centuria: el neobarroco como *retombée* —para usar el afortunado término de Severo Sarduy— que ha caracterizado el cuerpo mayor de la creación artística de América Latina. En segundo lugar, a pesar de las profundas divergencias —estéticas, estilísticas, ideológicas, existenciales— de Sábato con Borges, el pequeño e incisivo ensayo que le dedica a este en *Uno y el*

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 20.

*universo*, resulta, para una perspectiva actual, un diálogo de esencias en el cual, a pesar de todos los elementos de distanciamiento, Sábato establece un puente de similitudes profundas, al menos aquellas que tienen que ver con obsesiones compartidas entre ambos, ante todo, las que se refieren a los ejes primordiales de la cultura y, también, del ser humano en cuanto tal. Por eso mismo Sábato acierta por completo en sus juicios más generales sobre Borges:

«La escuela de Viena asegura que la metafísica es una rama de la literatura fantástica. Esta afirmación pone de mal humor a los metafísicos y de excelente ánimo a Borges: los juegos metafísicos abundan en sus libros. En rigor, creo que todo lo ve Borges bajo especie metafísica: ha hecho la ontología del truco y la teología del crimen orillero; las hipóstasis de su Realidad, suelen ser una Biblioteca, un Laberinto, una Lotería, un Sueño, una Novela Policial; la historia y la geografía son meras degradaciones espacio-temporales de alguna eternidad regida por un Gran Bibliotecario».<sup>5</sup>

Otro de los grandes ejes temáticos en *Uno y el universo* es, según ya se apuntó, la relación entre ciencia y moral, entre un avance del conocimiento por sí y para sí –entrevisto por el ensayista como monstruoso y, a la vez, estéril– y una humanidad cuyo repicado progreso puede considerarse más que problemática. Sábato aparece en estas páginas marcado, de manera indeleble y atroz, por hechos recientes y estremecedores: el nazismo, la Segunda Guerra Mundial. En esta línea, sus consideraciones sobre la ciencia ponen de manifiesto una perspectiva histórica, un interés –no muy frecuente aún en el momento en que el libro ha sido escrito– en los propios avatares evolutivos de la perspectiva científica, que es examinada por Sábato de manera implacable: la historia de la ciencia está llena de hombres que se aferraron a teorías falsas mucho después que los hechos las hubieron destrozado. Los peripatéticos contemporáneos de Galileo se negaron a aceptar la existencia de los satélites de Júpiter; Poggenorff pasó a la historia por haber encajonado la memoria de Mayer, descubridor del principio de la energía; Painlevé se negaba a aceptar la teoría de Einstein; Le Chatelier comentaba con sorna que «algunos ilusos dicen haber comprobado la

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 22.

producción de gas helio por el uranio», varios años después que centenares de físicos trabajaban en radiactividad. La ciencia es una escuela de modestia, de valor intelectual y de tolerancia: muestra que el pensamiento es un proceso, que no hay gran hombre que no se haya equivocado, que no hay dogma que no se haya desmoronado ante el embate de los nuevos hechos».<sup>6</sup>

De afirmaciones tales se deriva una cuestión de vital trascendencia para comprender *Uno y el universo*: la variedad de temas es más aparente que efectiva. Ya sea en su consideración sobre la obra borgiana, ya en su perspectiva de la ciencia, ya en el modo de examinar el mundo que, apenas concluida la Segunda Guerra Mundial, parecía una enorme ruina, Sábato subraya un *leit motiv* compuesto de tres cualidades básicas: anti-dogmatismo, tolerancia, humildad axiológica esencial. Parecería que se adelantaba, en varias décadas, a posiciones que habrían de trastocar, en la segunda mitad del siglo xx, el triunfalismo vanidoso de la Modernidad infatuada con esquemas tecnocráticos e ideológicos.

El primer libro publicado de Ernesto Sábato, entonces, resulta un testimonio extraordinario de sus pasiones y, también, de su inquietud profunda en cuanto a temas relacionados con esencias del hombre y de la Modernidad. En este amplio terreno, hay que subrayar que esa apasionante obra, que alcanza sesenta y cinco años de publicada justo en la conmemoración del Bicentenario de la Independencia de América, aborda, con síntesis centelleante, los orígenes mismos de Iberoamérica, en actitud de enfrentar posiciones «críticas» que, en la Modernidad, no hacían sino resucitar la Leyenda Negra que, en tanto discurso ideológico, había sido elaborada desde el siglo xvi no solo contra España, sino también contra la América hispánica. De hecho, Sábato, de manera implícita, ataca así un dogma disfrazado de valoración histórica. Y es que la lucha contra el esquematismo intelectual puede considerarse el modo de articulación profunda de un libro que, extenso como es, aparece en su superficie como un simple taraceado de textos breves y, solo en la epidermis, temáticamente inconexos. En su consideración de la naturaleza más honda de la actitud dogmática, llega a formular una

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 30-31.

de las ideas más luminosas de todo el libro: el carácter que ha llegado a tomar la ciencia en la Modernidad.

«Los siglos XVIII y XIX desencadenaron una especie particularmente peligrosa de dogmatismo: el científico. Es cierto que en nuestro siglo, algunos de los más grandes epistemólogos han recomendado la cautela y la modestia; pero el hombre de la calle, impresionado por el desarrollo de la técnica, no ve esos titubeos teóricos, y ha adquirido la más singular de las supersticiones: la de la ciencia; que es como decir que ha adquirido la superstición de que no debe ser supersticioso.

Era un acontecimiento previsible: la ciencia se ha hecho crecientemente poderosa y abstracta, es decir, misteriosa: para el ciudadano se ha convertido en una especie de magia, que respeta tanto más cuanto menos la comprende. Este nuevo esoterismo tiene por dignidades el Miedo y el Poder, y estas dos fuerzas engendran siempre las supersticiones».<sup>7</sup>

La reflexión de Sábato sobre la ciencia insiste, de manera tan incisiva como ingeniosa, en la historicidad del proceso del conocimiento. Ello aparece expresado, con frecuencia, con una ironía que roza el sarcasmo, como en el mínimo epígrafe titulado «Gengis Kant: «Bárbaro conquistador y filósofo alemán»».<sup>8</sup> La confluencia en su estilo del científico con el escritor da lugar a momentos tan lúcidos e ingeniosos como el siguiente pasaje de «Física escandalosa»: en el buen tiempo viejo, un señor trabajaba un año en un escritorio, haciendo cálculos, y luego enviaba un telegrama a un observatorio: «Dirijan el telescopio a la posición tal y verán un planeta desconocido». Los planetas eran muy corteses y tomaban lugar donde se les indicaba, como en un ballet bien organizado. Hoy, las partículas atómicas aparecen de súbito y como por escotillón, haciendo piruetas. La física de antaño tenía algo de fiesta de salón con música de Mozart, mientras que ahora parece una feria de diversiones, con salas de espejos, laberintos de sorpresas, tiro al blanco y hombres que pregonan fenómenos.<sup>9</sup>

Un tema en cierto modo colateral que, sin embargo, resulta deliciosamente abordado, es el de la identidad cultural, cuestión que ha atraído a buena parte de los intelectuales y artistas

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 41.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 68.

latinoamericanos desde fines del siglo XIX. También en esta esfera —en el epígrafe «Esprit de mesure»—, Sábato ironiza sobre los dogmatismos, de modo que proyecta una visión polivalente y nada estática de la identidad cultural. Será este un tema que recorrerá luego toda su ensayística. Por otra parte, una serie de los mínimos capítulos del libro, abordan con semejante sentido crítico una serie de campos de la Estética. Así, en «Espejo de Stendhal» empuña la maza de su ironía para rechazar el criterio mecanicista —tan esquemático e inculto— sobre un «realismo» por completo mimético, entelequia que habría de causar tanto daño en la primera mitad del siglo XX:

«Suponiendo posible la reproducción fiel del mundo externo, no veo para qué esa inútil duplicación. Muchos se proponen este desatinado oficio de papel carbónico con tanta furia como ineficacia, por ignorar que el hombre es un papel carbónico que presta a la realidad externa su propio color. Otros pretenden engañarse a sí mismos y a los demás reivindicando oficio de espejo y respaldando sus pretensiones con el inevitable espejo de Stendhal. Artefacto bastante mentiroso, por cierto; al menos, el utilizado por su inventor».<sup>10</sup>

Por esta vía, hay una serie de afiladas consideraciones sobre la novela, sobre todo porque, al analizar lo que denomina «Geometrización de la novela»,<sup>11</sup> desarrolla una verdadera reflexión estético-filosófica sobre los derroteros de la narración en el siglo XX, los cuales, en determinada medida, se vieron confirmados por el desarrollo posterior del género.

*Uno y el universo* tiene un componente de extraordinaria importancia: la lucha contra el nazismo, que constituye asunto de un crecido número de epígrafes o mini-ensayos del libro. Uno de los aspectos más destacados es su exposición del componente ideológico del fascismo: se puede pensar que una banda de forajidos que se propone someter al mundo no necesita de teorías filosóficas, sino de garrotes explosivos y campos de concentración: es de esperar que el movimiento nazi constituya una enseñanza para los que así piensan. Harold Laski nos dice que el nazismo no tiene un sistema teórico; si por sistema teórico se entiende un edificio conceptual coherente y que aspire a la ver-

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 56.

<sup>11</sup> *Cfr. ibíd.*, p. 73 y ss.

dad, quizás tenga razón; pero no veo por qué ha de restringirse la definición de ese modo: una doctrina teórica puede ser contradictoria, puede ser falsa, puede ser sofisticada y puede ser criminal: no por eso deja de ser una doctrina. Hay que recordar que los nazis llegaron al poder por *convicción* y que, a pesar de sus luchas callejeras con los socialistas y comunistas, obtuvieron la enorme mayoría del electorado a base de propaganda, es decir, a base de ideología. Se ha dicho que sin una teoría revolucionaria no puede haber una acción revolucionaria. Parece inútil agregar que tampoco es posible instaurar el reinado de la barbarie sin una doctrina de la barbarie.<sup>12</sup>

La perspicacia de Sábato al tratar el tópico es, en verdad, extraordinaria. Es sorprendente que en 1945 haya sido capaz de percibir que el nazismo no ha sido derrotado, por la sencilla razón de que no era una mera maquinaria de Hitler, sino un resultado de causalidades sociales de gran profundidad. La idea de que con el fin de la guerra la pesadilla ha terminado le merece el siguiente comentario: peligrosa ingenuidad: las causas del fascismo están latentes en todas partes y puede resurgir en muchos otros países, si las condiciones son propicias. No se defiende aquí la ingenuidad de que el *fascismo alemán* pueda resurgir en otros lugares con *idénticos* atributos; la historia nunca se repite. Se defiende la hipótesis de que puede resurgir con sus atributos de barbarie espiritual, esclavitud de las almas y de los cuerpos, odio nacional, demagogia y guerra. No es una hipótesis aventurada: el fascismo ha nacido en la crisis general de un sistema; vivimos en un período de transformación más vasto y profundo que el que señaló el fin del Imperio Romano o el fin de la aristocracia feudal en Europa. Esta crisis no ha sido resuelta, por cierto, con la derrota militar de Alemania.<sup>13</sup>

Es esta una cuestión conceptual que lo atormenta con especial intensidad: se trataba, ni más ni menos, que de una interpretación de su tiempo, que, por otra parte, es todavía el nuestro. En otro momento del libro subraya:

El movimiento que ha degradado a Italia y particularmente a Alemania no ha de pasar sin dejar graves rastros en todos los pueblos. Hay ciertos sentimientos y prejuicios que es muy difícil recoger una vez vertidos; el nazismo ha hecho recrudescer el

<sup>12</sup> *Ibíd.*, pp. 79-80.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 58.

antisemitismo en los países donde era activo y lo ha hecho surgir en otros donde era casi inexistente; ha divulgado sofismas sobre la inferioridad de ciertas razas; ha provocado una nueva ola de nacionalismo agresivo en todo el mundo; ha destruido la fe en el respeto mutuo, en la dignidad humana, en las virtudes de la tolerancia, de la razón y de la discusión. La humanidad necesitará mucho tiempo para restaurar estos sentimientos [...].<sup>14</sup>

En buenas cuentas, *Uno y el universo* es un prodigioso panorama mural de la cultura euro-occidental en la primera mitad del siglo xx: ciencia, historia, ideología, arte, política, filosofía se integran en un personalísimo encuadre, que nos revela a Sábato en su primer libro como una de las mentes más ecuménicas de nuestra América en la centuria anterior. Al cabo, esa pluralidad temática puede confluír en un eje temático unificador, que, en este libro, es la inteligencia humana: «Entender es relacionar, encontrar la unidad bajo la diversidad. Un acto de inteligencia es darse cuenta de que la caída de una manzana y el movimiento de la Luna, que no cae, están regidos por la misma ley». <sup>15</sup> En tal sentido, el nexos capital entre el uno y el universo es la inteligencia. A sesenta y cinco años de su primera publicación, el primer libro de Sábato sigue siendo un llamado entrañable y una invitación a meditar sobre la cultura.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, pp. 67-68.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 86.